



www.loqueleo.com/ec

© 2008, Edna Iturralde

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-816-7

Derechos de autor: 029184

Depósito legal: 04048

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2008

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Julio 2017

Novena impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Pablo Pincay

Diagramación: Ramiro Jiménez

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Olivia y el Unicornio Azul

Edna Iturralde

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana



loqueleo



*A Silvio Rodríguez,
cantautor de la trova cubana,
por compartir su unicornio Azul.*

Índice



El hallazgo	11
Una llamada de ayuda	18
Una extraña nave	26
Jubalum	34
Con los elfos	43
Los socorocos	51
Los niños-unicornio	59
Los kopozos	67
Una noche blanca	74
Dentro de la ventana	84
Malas noticias	91
Un hada-luciérnaga madrina	99
Sorpresa dental	107
El plan final	115

Olivia tiene un plan	125
El festejo	135
Amor y tiempo	143
Bicis-nave	153
Biografía	165
Cuaderno de actividades	167

El hallazgo



Sucedió mientras Olivia iba al dentista en el nuevo automóvil que sus padres habían comprado. Era pequeño, color rojo-caramelo con asientos amarillo-miel. Tenía un botón en cada puerta, que servía para abrir y cerrar las ventanas. Algo muy útil si el mecanismo no hubiera estado controlado por quien lo conducía, pues siempre se aseguraba de que quedaran cerradas. Esto ponía a Olivia de muy mal humor. Ella estaba requetesegura de que, si le hubieran permitido abrir y cerrar las ventanas rápidamente, habría podido atrapar a las diminutas hadas-luciérnaga que volaban por las calles.

En los enormes letreros de las avenidas lo anunciaban como:

El automóvil que une a la familia

Olivia no se lo creía.

12 En su familia el auto había causado todo lo contrario al dividir opiniones entre las cuotas mensuales, altísimas, como se quejaba mamá (con el tono de desaliento que utilizaba cuando veía la libreta de notas de la escuela), el orgullo que papá sentía por su poderoso vehículo (a pesar de haber sido fabricado en China), y ella, con el tema de las ventanas cerradas.

Olivia sintió que los neumáticos del poderoso vehículo marcaban el tiempo de la tarde, y la acercaban con peligrosa rapidez al lugar de la tortura. Allí, donde la esperaban hierros, ganchos y elásticos; es de-

cir, al consultorio de la doctora Anita y el doctor Francisco. El lugar donde ajustaban los frenos que ayudaban a enderezar sus dientes.

Olivia advirtió a papá que se sorprendía de que la Policía aún no los hubiera detenido por exceso de velocidad. Pero él le hizo notar, con ironía, que apenas se habían movido de un semáforo a otro. Mamá se quejó del tráfico y comentó con desaliento que en trole o en bus ya habrían llegado. En cambio, papá se molestó y empezó a decir algo en tono de reproche. Olivia pensó rápidamente en una solución para distraerlos. Entonces pidió que encendieran la radio. Mamá lo hizo y la música dulzona de un piano se escurrió por el interior del automóvil.

Un hombre cantaba acerca de que había perdido algo y que pagaría bien por cualquier información. A Olivia le pareció nove-

dosa aquella manera de anunciarlo y puso atención. La voz continuó cantando con mucha tristeza la pérdida de un unicornio azul. ¡Un unicornio azul!

14 —¿Puedes subir el volumen, por favor, mami? —solicitó Olivia, sentándose al filo del asiento.

Sí, se trataba de un unicornio azul perdido el día anterior y su dueño pedía de favor que quien lo encontrara se lo devolviese. Repetía una y otra vez que cualquier información bien la iba a pagar; que pagaría cien mil o un millón. Dijo no saber si se le escapó o se le extravió, porque las flores del jardín no le quisieron hablar. Explicó que no tenía más que un unicornio azul y aseguró que, aunque tuviera dos, solo quería aquel.

«¡Cómo puede alguien ser tan descuidado!», pensó Olivia. Perder la mochila, las zapatillas de *ballet*, un libro, un cuaderno, el

reloj, ya era motivo de horas de regaños por no saber cuidar sus cosas, pero... ¡perder un unicornio!

Olivia se inclinó para escuchar mejor. El hombre cantaba que por el cuerno del unicornio escapaba una canción. A ella esto le pareció encantador. Él volvió a insistir en que pagaría bien cualquier información acerca de aquel unicornio que se le había perdido el día anterior... Y terminó diciendo, con mucha tristeza, que su unicornio Azul se había ido.

Cuando la música desapareció dentro de la radio, en su lugar zumbó la voz de la locutora que anunció la hora alargando las eses.

—*Ssson lass diecissiete horasss, hora del Banco Dondepongo, el banco que sus niños le recomiendan.*

La publicidad terminó con la voz de un niño aconsejando utilizar los servicios de aquel banco.